

El País.

6 de Abril, 1987.

El piano flamenco

A. A. C.

La *cumbre* ha roto el fuego del espectáculo con dos sesiones de *medianoche* en el Círculo. El piano flamenco de José Romero ocupó la primera de estas sesiones. Romero hacía tiempo que no era escuchado en Madrid, y es el hombre que mejor ha sabido aproximarse con un instrumento tradicionalmente ajeno a lo *jondo* a esta música.

Romero, hombre y músico de formación académica, no se limita a trasladar al piano las falsetas y arpegios de la guitarra flamenca —aunque a veces caiga también en ello—, que es lo habitual entre otros pianistas afines al género, sino que crea y recrea una música con personalidad propia, a la que da un tratamiento profundo, el mismo que podría darse a cualquier música de las consideradas *cultas*.

Su toque por *siguiriyas* (en re mayor dominante) es ejemplar al respecto. Obra de muy difícil ejecución, pese a lo cual mantiene en toda su integridad la sugestión y belleza del género flamenco, indudablemente enriquecido por aportaciones compositivas de rango no habitual en el género.

La segunda de estas sesiones fue una pura delicia. Enrique Orozco se dedicó a contar anécdotas de sus vivencias flamencas, y el público lo pasó en grande. Como lo pasó con sus interpretaciones, en su línea de primorosa delicadeza, distante del grito, pero que igual sabe dar una riqueza de matices extensa a su cante.

Cante que es precisamente el que desarrollaron los *cantaos* a quienes se homenajea en esta *cumbre*, singularmente Bernardo el de los Lobitos y Pepe de la Matrona. Enrique estuvo muy centrado, llevando los estilos a su lugar. Sobresalió en su cante por serranas, rematado —contra lo establecido— por una vibrante *soleá apolá*.